

“Hijos de la Luz”

“Porque todos vosotros sois hijos de luz, e hijos del día: no de la noche, ni de las tinieblas.” — I Tesalonienses 5:5

Durante su ministerio, Jesús declaró: “Yo soy la luz del mundo”, y las Escrituras en otras partes registran de Él que Él “era la verdadera Luz, que ilumina a todo hombre que viene al mundo”. (Juan 8:12; 1:9) La luz en ese momento solo era vista por unos pocos, porque brillaba en un “lugar oscuro”. A los que sí la vieron, el Maestro dijo: “Bienaventurados tus ojos, porque ellos ven.”—II Ped. 1:19; Mat. 13:16

Todos aquellos que siempre tendrán el derecho a la vida deben tener la luz, la Verdad divina, Y puesto que es el propósito de Dios que todos, incluyendo aquellos en la “prisión” de la oscuridad y la muerte, tengan la oportunidad de aceptar la vida, debe llegar el momento en que todos verán la luz de la Santa Palabra. (Isa. 24:22; 42:7; Juan 5:28,29) Es la voluntad de Dios que “todos los hombres sean salvados [de la muerte adámica, ignorancia y ceguera], y que lleguen a un conocimiento preciso de la Verdad.”—I Tim. 2:3,4, *El Enfático Diaglott*

Las Escrituras revelan que antes de que el mundo tenga esta luz, o conocimiento, una clase santa—la verdadera iglesia, la novia de Cristo—debe ser instruida

como “hijos de luz” y ser completada y glorificada junto con Jesús, su esposo celestial. En cuanto a la verdadera iglesia durante su peregrinación terrenal leemos: “A veces erais tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor: Andad como hijos de luz”. (Ef. 5:8) Cuando se clasifica como “oscuridad”, estábamos en ignorancia y malentendido de Dios y Su Santa Palabra y plan. Ahora, sin embargo, estamos disfrutando de la luz.

Los hijos de la luz miden sus puntos de vista y dirigen sus pensamientos, palabras y obras, no por lo que la mayoría de sus vecinos piensan que es correcto, sino por lo que la Palabra de Dios enseña. En armonía con su plena consagración a la muerte, dicen: “A mi Señor debo ser fiel”. Por lo tanto, son guiados por el Espíritu Santo, el Espíritu de la Verdad, el Espíritu de amor, que los acciona. —Rom. 8:14 Y la Palabra sagrada de nuestro Padre Celestial es ciertamente una “lámpara” a nuestros pies, y una “luz” a nuestro camino. (Sl. 119:105)

VER

Pablo escribió: “No dormamos, como los demás; sino velemos y seamos sobrios”. (1 Tes. 5:6) En el contexto de este versículo se nos exhorta a observar las señales de los tiempos relacionados con “el día del Señor”, incluso el cambio dispensacional ahora cerca. (Vs. 2) Mientras Satanás, nuestro adversario, está siempre activo en sus esfuerzos para hacer daño a la gran y gloriosa causa del Señor, él será aún más seductor en sus malas influencias, “con todo poder y señales y prodigios mentirosos”, durante los días en que vivimos ahora. (II Tes. 2:9) Debemos, por lo tanto, estar cada vez más alerta en la protección de cada punto de ataque. “Velad, permaneced firmes en la fe... Sean fuertes.”—I Cor. 16:13

Nuestro Padre nos exige que velemos, y Él recompensará a aquellos que lo hagan fielmente. Él nos insta a mantenernos despiertos y con todos los hijos de la luz a aprender más y más de Su Santa Palabra y Voluntad. Además, desea que estemos más ampliamente informados acerca de su maravilloso “plan de las eras, que formó para el Ungido Jesús, nuestro Señor”. (Ef. 3:11, *Diaglott*) También debemos crecer en gracia y en conocimiento mientras observamos.—II Ped. 3:18

El mundo en general sigue siendo un lugar oscuro, pero al pueblo de Dios se le concede una iluminación especial. Son hijos de la luz, y aman la luz. “Velad en todas las cosas; sufrid el mal; haced la obra de uno que proclama las buenas nuevas; de vuestro ministerio asegurad plenamente.” (1 Tim. 4:5, *Traducción Literal de Young*), observando cuidadosamente las señales crecientes de los tiempos, tenemos el privilegio de llamar a la atención de los demás aquellos maravillosos cumplimientos de la profecía divina, y cómo se relacionan con el reino largamente prometido que pronto vendrá. —Mat. 6:10

Además de estar vigilantes, debemos estar sobrios en mente, no emocionados o acalorados con pasión, sino tranquilos y bien ejercitados en el autocontrol. Algunas personas se vuelven fácilmente excitables y son llevadas por “cada viento de doctrina”. (Ef. 4:14) Ellos no pueden dar la razón de lo que aceptan. No parecen saber que las verdades divinas están destinadas a aquellos que buscan, esperan, observan, tienen hambre y sed de justicia. —Mat. 5:6

Una parte de nuestra sobria vigilancia es también especialmente con miras a mantener nuestro “sacrificio vivo” en el altar. (Rom. 12:1; Heb. 13:15) Al hacer esto, debemos además mantener plena dedicación a Dios; crecer en semejanza a Cristo; testificar fielmente de la Ver-

dad y ayudar a otros a hacer lo mismo.

CAMINO DE LA VIDA

Los fieles seguidores de Jesús no andan “según el curso de este mundo, según el príncipe del poder del aire, el espíritu que ahora trabaja en los hijos de desobediencia”. (Ef. 2:2) Ellos son la luz del mundo, y ellos “andan como hijos de luz”. (Ef. 5:8) La Palabra de Dios es continuamente una lámpara para guiar y dirigir su camino.

Las imaginaciones e ideas humanas, o incluso las conciencias, no son suficientes para guiarnos correctamente. Necesitamos la creación del Espíritu Santo, y su iluminación de nuestra mente con respecto a lo que ha sido escrito en la Palabra de Verdad de Dios para nuestro aprendizaje e instrucción. “Ahora hemos recibido, no el espíritu del mundo, sino el espíritu que es de Dios, para que conozcamos las cosas que Dios nos ha dado libremente.” “Porque ese Dios que mandó que la luz brille de las tinieblas, resplandece en nuestros corazones para iluminar con el conocimiento de la gloria de Dios en el rostro de Jesucristo.”—I Cor. 2:12; 2 Cor. 4:6, *Diaglott*

Como hijos de luz, debemos poner especial énfasis en la honestidad en nuestro caminar ante el Señor. “Caminemos honestamente, como en el día”, advirtió Pablo. (Rom. 13:13) Todo verdadero hijo de Dios debe procurar que sea honesto, no solo en asuntos financieros, sino en su trato a sus vecinos, a sus hermanos en Cristo, y sobre todo, en sus confesiones respetando su fe. Se está haciendo una prueba a lo largo de esta línea, y aquellos que aman el favor de los hombres en lugar del favor de Dios, tarde o temprano probarán que no son aptos para el reino celestial.

El apóstol comenta más adelante sobre el camino progresivo del cristiano: “Así que como habéis recibido a

Cristo Jesús el Señor, así andad en él; Arraigados y edificados en él, y establecidos en la fe”. “No andéis según la carne, sino según el Espíritu.” “Caminar en novedad de vida”. “Andad en el Espíritu, y no cumpliréis los deseos de la carne.”—Col. 2:6,7; Rom. 8:1; 6:4; Gal. 5:16

En nuestro caminar de completa santificación, experimentaremos, como Jesús lo hizo, que las tinieblas aborrecen la luz. “Si fuerais del mundo, el mundo amaría a los suyos; pero porque no sois del mundo, sino que yo os he escogido del mundo, por eso el mundo os aborrece.” (Juan 15:19) Sin embargo, debemos ser celosos por la Verdad. Debemos crecer y caminar en la Verdad, proclamándola fielmente, y en todo momento hablándola con amor.

BRILLEN HACIA LOS DEMÁS

“Vosotros sois la luz del mundo. Una ciudad que está situada en una colina no puede ser escondida.” “Así brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.” (Mat. 5:14,16) Nuestras lámparas deben ser limpiadas, recortadas, y deben estar brillantemente ardiendo, si nuestra luz ha de brillar para la gloria de nuestro Padre. No seamos de aquellos que pueden parecer indiferentes a la cuestión de recortar sus lámparas. Como resultado, su luz no brilla brillantemente, porque la vasija se oscurece por error o tal vez por la falta del deseo de servir y ayudar a los demás.

Otros pueden tener la luz, pero no permiten que tenga el lugar o efecto apropiado en su corazón, mente y carácter. Por lo tanto, la luz en ellos es muy tenue debido a la ausencia de desarrollo adecuado dentro de su ser a lo largo de las líneas de justicia. La admonición de las Escrituras debe tenerse en cuenta: “Se siembra luz para los

justos”.—Sal. 97:11

El Apóstol Pablo se ha referido a nuestro privilegio y responsabilidad como portadores de luz. “Vosotros sois nuestra epístola escrita en nuestros corazones, conocida y leída de todos los hombres.” “Hemos sido hechos un espectáculo para el mundo, y para los ángeles, y para los hombres.” (2 Cor. 3:2; I Cor. 4:9) Ser “conocido” por otros y un “espectáculo” para ellos solo puede tener lugar si somos portadores de luz.

En la medida en que permitamos que los prejuicios, orgullo, egoísmo, autoestima, lucha, injusticia, o la deshonestidad perturben la libertad con la que recibimos y sostenemos la luz de la Verdad, en esa misma proporción la luz seguramente se desvanecerá. Tal curso, si persiste, finalmente llevará a tal uno a una condición de oscuridad. Jesús advirtió a sus seguidores: “Si, pues, la luz que hay en ti es oscuridad, ¡cuán grande es esa oscuridad!”—Mat. 6:23

Una gran exhortación para nosotros es: “No apagues al Espíritu”. (1 Tes. 5:19) Podría extinguirse por completo, pero con la ayuda del Señor, debemos guardar este tesoro inestimable. Es una evidencia de que somos hijos de Dios. Es la “seriedad”—la promesa o seguridad—de nuestra herencia eterna.—Ef. 1:14

Como hijos de luz, “somos embajadores de Cristo”. (2 Cor. 5:20) Mientras todavía vivimos en el mundo, no somos de él, sino que hemos transferido nuestra lealtad y, por lo tanto, “nuestra ciudadanía está en el cielo”. (Fil. 3:20, *American Standard Version*) Como representantes y embajadores de Cristo, sin duda sentimos tanto la dignidad como el honor de esta posición y la responsabilidad de peso, como, cualquier cosa que hagamos en palabra o acción, lo hacemos todo en el nombre del Señor Jesús. (Col. 3:17) El deseo de nuestro corazón es “resplande-

cer como luces en el mundo; sosteniendo la palabra de vida”.—Fil. 2:15,16

PRUEBAS DIFÍCILES

“Amados, no penséis que no es extraño en cuanto a la prueba ardiente que es para probaros, como si alguna cosa extraña os hubiera sucedido.” (1 Pe. 4:12) Debemos estar siempre preparados para pruebas difíciles, de las cuales leemos: “Se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios; de tal manera que, si fuera posible, engañarán a los escogidos.”—Mat. 24:24

No solo nuestro conocimiento de la Verdad, y nuestra fe, serán probados, sino también nuestro amor cristiano. “Aunque tenga el don de profecía, y entienda todos los misterios, y todo conocimiento; y aunque tenga toda la fe, para que pueda quitar montañas, y no tenga caridad [Griego: Amor], nada soy.”—I Cor. 13:2

Podemos estar seguros de que el adversario utilizará todos los medios para presentarnos la oscuridad por la luz, y para apartarnos de la regla claramente declarada del amor. Debe recordarse, también, que una condición de corazón sin amor, un espíritu hipercrítico, tan extraño al espíritu de nuestro Maestro, no entra en nosotros de repente, sino que se desarrolla gradualmente.

Por lo tanto, todos los días, cada uno de nosotros debe hacer una búsqueda en nuestros corazones para ver si podemos o no encontrar allí hacia alguien—santo o pecador—cualquiera del espíritu de hipocresía, malicia o maldad que el Señor figurativamente representó como levadura, contaminando por su influencia. —Mat. 16:6; Lucas 12:1; I Cor. 5:8

“¿No sabéis que un poco de levadura deja todo el bulto?” (1 Cor. 5:6) Un poco de envidia, un poco de ira, un poco de odio, o pelea, puede envenenar rápidamente

nuestro corazón, y en un tiempo comparativamente corto convertir la dulzura de nuestra naturaleza, el espíritu de amor, en amargura cáustica. Por otra parte, la levadura no es probable que se limite a una persona, sino que también puede extenderse a otros, y por lo tanto muchos pueden ser contaminados.

GRACIAS DEL ESPÍRITU SANTO

Los hijos de la luz deben cultivar más y más todas las diversas gracias del Espíritu Santo. El conocimiento solo “se hincha, pero el amor se acumula”. (1 Cor. 8:1, *Diaglott*) Solo hay una manera de fortalecernos plenamente contra caer en cualquiera de los engaños y trampas del Adversario.

Tal fortificación no está totalmente asegurada por el conocimiento, aunque el conocimiento es vital y un elemento muy importante en él. Otro componente, y de suma importancia, es la obediencia a los principios rectos establecidos en la Palabra de nuestro Padre, y como se ilustra en la vida y el carácter de nuestro Señor Jesús. Por lo tanto, si aspiramos a ser “hijos de luz”, capaces de mostrar la bondad y la gloria de Dios al mundo, debemos “superagregar” a nuestra fe las gracias de fortaleza, conocimiento, autocontrol, paciencia, piedad, y más. la bondad fraternal y el amor. Si éstos abundan en nosotros, no nos permitirán ser “inactivos ni infructuosos en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo”.—II Ped. 1:5-11, *Diaglott*
